

lógico a sus observaciones. Poco tiene de la escuela intuicionista que toma como modelos a Waldo Frank o a Keyserling y que se ha revelado magistralmente en la *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada o en *Historia de una Pasión Argentina* de Eduardo Mallea.

En Subercaseaux se nota el lastre lógico del experto en disciplinas filosóficas y la ausencia absoluta de ensueño o de poesía. No se deja arrastrar a ninguna fantasía. Prefiere analizar y contribuir a nuestra realidad con bloques de sólido realismo o de aventuradas afirmaciones sexuales.

Como escritor es agradable aún en medio de serios descuidos y de algunas incorrecciones de escasa importancia. Pero domina siempre el resorte animador, la agudeza pronta, la referencia meritoria y oportuna.

De este modo y con tales aportes, algún día podrá conocerse nuestra realidad que es más compleja de lo que parece. Ni el roto fatalista, según algunos, ni el caballero yacente y fanfarrón, ni el siútico, enamorado de las fantasías y que se fuga hacia los preciosismos, han sido todavía descritos en una obra que interprete toda la pasión y el color de Chile. Para ello hay que unir al historiador y al artista, al psicólogo y al sociólogo en un solo denominador del que saldrá la fisonomía austera y complicada de la raza.—RICARDO A. LATCHAM.

<https://doi.org/10.29393/At169-154MRCR10154>

CALLE RICANTÉN, por *Armando Rojas Castro*.—Ediciones «Diana». Santiago de Chile, 1939

Para muchos ha sido una sorpresa saber que Armando Rojas Castro es escritor; le conocíamos en actividades muy diferentes a las literarias, y esta sorpresa se acentúa cuando, leído su libro, comprobamos que éste revela calidades literarias poco comunes. En efecto, en *Calle Ricantén 300-399* encontramos re-

latos que le acreditan como cuentista de recursos y técnica propios.

De los seis cuentos que forman este libro, dos merecen subrayarse por sus virtudes cimeras. El primero, que sirve de título al libro, y «La criada». *Calle Ricantén* es la historia patética de una muchacha provinciana, quien, debido a la severidad de su padre, ha de huir del hogar. Instalada en Santiago, vive de la remuneración generosa con que los hombres pagan las delicias que su bello cuerpo les proporciona. Vieja historia que atrae por los recursos novedosos con que Armando Rojas sabe relatárnosla. A pesar de que un criterio de rigurosa formación moral condenaría implacablemente a la muchacha, creemos que merece ella nuestra simpatía y conmiseración, porque no es de aquéllas que hacen del goce sexual relajación lujuriente, ni de su cuerpo mercadería de contrabando. La necesidad de vivir es imperativa; está por sobre la moral inventada por los hombres. Demuestra ella la altitud de su espíritu aportando al modesto hogar provinciano el producto de sus ganancias, con lo cual contribuye a un mediano bienestar y, sobre todo, a la educación de un hermano que llega hasta graduarse de médico: éste es acaso el protagonista principal del relato, pues en él vive acrecentada la tragedia de su hermana, sorda, sin estridencias: por lo mismo más patética. El dolor, la angustia, asoma como una insinuación: pero el innegable buen gusto de Armando Rojas lo detiene al borde mismo de la tragedia vulgar y melodramática. Como una línea ensangrentada vilmente apunta lejana la calle Ricantén. Un crítico echa de menos la presencia de la calle con todo su realismo gráfico, y estima que ello es censurable, porque el título no corresponde al contenido del cuento. Verdad es quien busque en este libro la calle Ricantén pintada al vivo con sus prostíbulos y burdeles, será defraudado. Pero hay en el relato claras alusiones a la calle en referencia y como título es un acierto porque está cargado de sugerencias; y ello basta desde el punto de vista literario.

De espíritu maupassaniano es «La criada». Nos relata en este cuento, siempre en forma sugerente e indirecta, retazos de la vida de una bella mujer que vive en un departamento de lujo bajo el disfraz de viuda; maestra en el arte de las caricias, sabe despertar el amor de un joven inexperto. Mas pronto asoma la verdad y la tal viuda no es más que una prostituta malamente disfrazada, y la mujer a quien ella hacía pasar por criada era nada menos que su madre. El relato se desenvuelve en forma amena y delicada con los toques de vivo realismo indispensables para dar la sensación de verosimilitud y presencia. Aquí también se podría decir que la criada figura en segundo término si nos atuviéramos a la parte meramente descriptiva, y que, por tanto, el título, defrauda. Pero la criada aparece como una sombra perseguidora, y es ella la que le infunde humanidad y patetismo al cuento, es decir, aporta los elementos vitales.

Hay fuerza humana y observación de la realidad en estos relatos de Armando Rojas; por eso el sexo ocupa en ellos—al menos en los dos comentados—un lugar fundamental; y Rojas no lo encubre con tapujos hipócritas, sino que los presenta con discreto realismo. No es el hecho sexual en su manifestación biológica lo que le preocupa, sino la tragedia que de él surge.

Estimamos que este primer libro de Rojas Castro, a pesar de sus indiscutibles merecimientos, dista de ser calificado como una obra maestra; pero creemos que en libros posteriores, cuando enriquezca y perfeccione su prosa, tal apreciación no se le regateará. Su estilo es familiar, desaliñado, carece de esos aditamentos literarios tan indispensables en obras de creación y recreación.

De la filosofía exprimida de la vida misma como residuos de las propias experiencias de Armando Rojas Castro, han surgido los sobrios relatos que forman *Calle Ricantén*, en que palpita la realidad captada en sus pasiones extremecidas de grandeza y miseria.—MILTON ROSSEL.